

“Que el mundo sea como debería ser”

El discurso de Obama sobre la Primavera Árabe en 2011 anunciaba un nuevo capítulo de la diplomacia estadounidense. Cuatro años después, redibuja a marchas forzadas su papel en la zona frente a la amenaza ruso-china

Jessica Flores

Cinco meses después de que en Túnez un desesperado vendedor de frutas, Mohammed Bouazizi, se prendiera fuego y con ello diera inicio a las revueltas que se extenderían a Egipto, Bahrein, Yemen, Siria y con menor intensidad a otros países, Barack Obama anunciaba un nuevo capítulo de la política norteamericana en Oriente Próximo, basada en la diplomacia y los valores democráticos, lejos del acento militar predominante hasta entonces. “Después de décadas de aceptar el mundo tal como es en la región, tenemos la oportunidad de que el mundo sea como debería ser”, señalaba en mayo de 2011.

Las expectativas que despertaron las revueltas árabes en todo el mundo, hoy se han convertido en decepción. Cuatro años después surge la interrogante sobre lo que queda de esta revolución y del compromiso democrático de Washington en un panorama nada alentador para la democracia, donde sólo Túnez ha conseguido unas elecciones limpias y la adopción de una constitución secular. Siria y Egipto, en cambio, a pesar de que acaban de pasar un proceso electoral, siguen en el mismo punto. Egipto, que celebró elecciones con solo dos candidatos y con la condena a la clandestinidad a los Hermanos Musulmanes, han vuelto a un gobierno militar, eso sí avalado por el 93,3% de los votos; mientras Siria, en medio de una guerra civil, no solo no ha conseguido derrocar a Bachar al-Assad sino que éste se ha visto reforzado en el poder al ganar de forma contundente los comicios del pasado 3 de junio.

El resultado de estas elecciones vuelve a replantear el concepto de Primavera Árabe, definida por Rafael Calduch, catedrático de Relaciones Internacionales y Derecho Internacional Público, como “un movimiento de rebelión popular, de composición muy heterogénea, surgidos en algunos países árabes con la finalidad de

cambiar a las élites que controlaban los regímenes políticos imperantes”. Julio Ponce, doctor en Historia Contemporánea, lo ve más que como un reemplazo de personas dentro de una misma élite. Hecho visible en el resultado de las elecciones egipcias y sirias donde vuelven a tener el control de los países los grupos políticos que ya ejercían el poder hace cuatro años.

En mayo de 2012, Jesús Núñez, codirector del Instituto Estudios sobre Conflictos y Ayuda Humanitaria, ponía en duda que haya existido una Primavera Árabe y señalaba a los medios de comunicación como creadores de “un concepto atractivo pero irreal” porque hay 22 países árabes y sólo han caído cuatro dictadores “¿de qué primavera estamos hablando? Es necesario dejar pasar tiempo para ver los efectos de este despertar de las sociedades árabes. Pero desde luego, el balance transitorio no

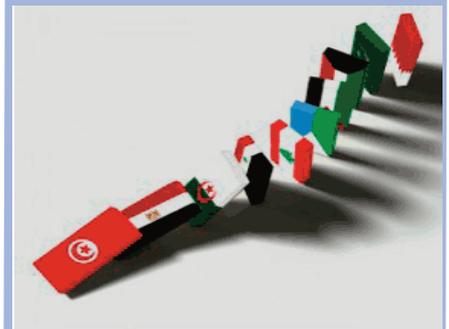
Las expectativas que despertaron las revueltas árabes en todo el mundo, hoy se han convertido en decepción

debería llevarnos a ninguna alegría desbordada Ni es árabe, porque sólo son cuatro países de 22, ni es primavera, porque no ha florecido nada. Es necesario dejar pasar tiempo para ver los efectos de este despertar de las sociedades árabes. Pero desde luego, el balance transitorio no debería llevarnos a ninguna alegría desbordada”.

No se equivocaba Núñez en su análisis, los resultados de las elecciones en Siria y Egipto, dos lugares claves para los intereses occidentales le dan la razón. La Primavera Árabe tenía sentido en la transformación hacia el progreso y la de-

Lo que quedó de la Primavera Árabe

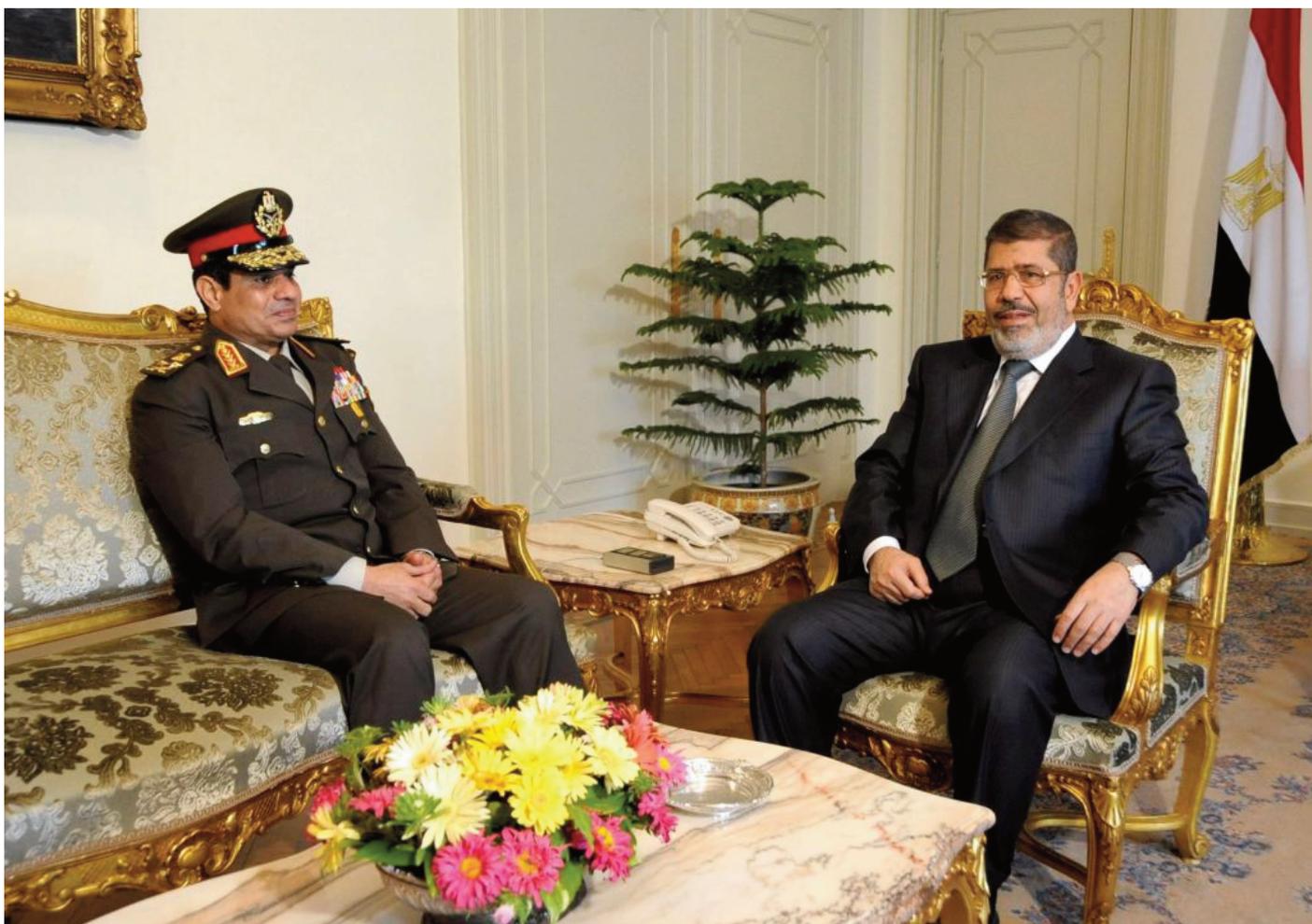
Tras tres años de conflicto la revolución ha marcado la vida en Oriente Próximo



Túnez. El país donde comenzó la Primavera Árabe ha sido el único que ha sufrido cambios sustanciales en su sistema político. Tras derrocar al autócrata Ben Ali, el 14 de enero de 2011, el partido islamista Ennahda —de la familia de los Hermanos Musulmanes— se hacía con la victoria a través de unas elecciones. La sociedad tunecina se sublevó ante el intento de una Constitución teocrática y lucharon por una ley fundamentalmente moderna. A comienzos del 2014 Túnez deroga del poder a los islamistas y aprueba una Constitución secular.

Libia. Tras la caída del régimen de Gadafi, el pueblo libio que vive en una descontrolada violencia, no ha conseguido establecer un gobierno. El general retirado, Jalifa Hifter, hace unas semanas encabezó un fallido golpe de Estado. Por otro lado el Tribunal Supremo ha determinado este jueves que la elección hace un par de semanas del actual primer ministro interino, Ahmed Maitiq, fue ilegal, cuando él ya se había apresurado a tomar posesión en la sede del Gobierno. Esto supone que el país vive en una anarquía donde reina la violencia.

Yemen. Desde el derrocamiento del dictador Alí Saleh, la ONU ha establecido unas medidas para llevar a cabo una transición política pacífica que no ha sido aceptada ni por los detractores de Saleh ni por los partidarios. A esta inestable situación se le suma la violencia que se vive en las calles.



Abdelfatah Al-Sisi, actual presidente egipcio, junto a Mohamed Morsi, ex presidente de Egipto. (Izquierda-derecha). Fuente: Raymond Ibrahim

mocracia. La cuestión es la comprensión occidental de la democracia y cómo los hechos ocurridos en Egipto y Siria son incompatibles con este punto de vista. Para Occidente las elecciones son la máxima expresión de la democracia, el voto popular legitima el poder político.

Alberto Priego, profesor de Ciencia Política y RR.II. en la Universidad Pontificia Comillas en Chile, entiende la democracia como una escala que se movería entre un grado máximo (democracia perfecta) y otro nulo (régimenes autoritarios) o como una dicotomía. “A lo largo de la historia hemos visto cómo la mayor parte de los régimenes autoritarios han ido evolucionando hacia otros más democráticos a través de lo que hemos denominado procesos de transición. Por lo tanto, podemos afirmar que una transición es el paso de un régimen autoritario a otro donde se dan condiciones de competencia y participación adecuadas para ser considerado como democrático”.

Occidente, modelo de la democracia formal, valoró los gobiernos de transición, como el egipcio tras la caída de Hosni Mubarak, como una hoja de ruta hacia la democracia, pero el resultado de las urnas revelaron una incómoda victoria de los islamistas que, sin embargo, obtuvieron el

apoyo norteamericano precisamente en nombre de la democracia.

Egipto ha vuelto a un gobierno militar, eso sí avalado por el 93,3% de los votos

El único canto común en Tahrir y el Rabaa de los HH.MM. es anti EE.UU.

Egipto y Estados Unidos, una amistad difícil

La Primavera Árabe dejó ver una desmejora en la relación que los dos países habían mantenido a lo largo de décadas. Egipto, un país que se postula como un territorio esencial en la relación entre Occidente y Oriente Próximo por su posición estratégica, había empezado a dar señales de

inestabilidad frente a la potencia norteamericana.

El país norteafricano posee uno de los enclaves esenciales para el comercio marítimo mundial, el Canal de Suez. Esta es la clave que marca la relación de Estados Unidos con Egipto. Desde la firma de los acuerdos de Camp David – en el que se firmó la paz entre Israel y Egipto– la potencia tiene paso libre para la docena de buques de guerra que atraviesan el canal cada mes. A cambio, Norteamérica convirtió a este país en el segundo receptor de ayudas económicas y militares. Es por esto que la victoria de Mohamed Morsi supuso un importante desajuste en la política que mantenía Estados Unidos en la región. Tras ganar las primeras elecciones democráticas del país, el líder de los Hermanos Musulmanes expuso su intención de modificar el acuerdo de paz.

La corresponsal de El País y la cadena SER en Israel, Carmen Rengel, considera que “Estados Unidos reconoció a Morsi porque no podía hacer otra cosa, era un líder elegido democráticamente con el que inicialmente no hubo desencuentro.” El mandato de Morsi se llevó a cabo con un descontento generalizado por parte del pueblo egipcio que veía como la lucha que había mantenido contra el sistema autori-

tario volvía a replantearse a través de una Constitución absolutista. Este descontento se sumó a la desaprobación que habían mostrado las organizaciones internacionales y los principales países de la región- aliados de Estados Unidos- como Israel, Arabia Saudí y Qatar, que permitieron un golpe de estado al líder que prometió ser "presidente de todos los egipcios" en su anuncio de victoria.

Ante este golpe de Estado, Washington, a través de la portavoz del Departamento de Estado, Jen Psaki, declaró que su gobierno no estaba tomando partido por ninguno de los dos bandos e instó a las partes a llevar a una solución pacífica la situación "tensa y en rápida evolución". El Partido Libertad y Justicia (PLJ), brazo político de los Hermanos Musulmanes, sin embargo, veía claro el papel de Estados Unidos en el "golpe de Estado militar" y exhortó a los egipcios a manifestarse frente a la embajada norteamericana. El periodista y analista egipcio, Hani Shukrallah, calificaba de "triunfo de la política americana" el hecho de que "el único canto común en Tahrir y el Rabaa de los Hermanos Musulmanes es anti Estados Unidos". La dura represión que el ejército militar estaba llevando a cabo con los islamistas provocó que la Administración Obama anunciase la cancelación del ejercicio bienal militar conjunto con Egipto como medida de presión al gobierno interino militar para ceñirse al acuerdo del plan de transición democrática, así como la posible revisión de la ayuda militar que concede a Egipto, estimada en 1.500 millones de dólares anuales.

La decisión norteamericana fue aprovechada por Rusia para ganar fuerza en el país. Moscú vio su oportunidad para retomar relaciones con El Cairo, donde había perdido posición frente a Estados Unidos tras la Guerra Fría. Francisco Carrión, en el diario El Mundo, se refería así a la nueva amistad surgida entre estos países: "Egipto, tradicional aliado de Estados Unidos en Oriente Próximo, se deja querer por una Rusia poco preocupada por la de-



Manifestación contra Mubarak en la Plata Tahrir, El Cairo (Egipto). Fuente: Cuadrivio.

El objetivo de Occidente es buscar una vía política para quizá retirar a Bashar al-Asad pero sin demoler la estructura del régimen

mocracia o el respeto de los derechos humanos". Ante la nueva posición que ha ocupado el Estado ruso se esconde una lucha por el liderazgo mundial que mantiene este país con la potencia norteamericana. El presidente ruso, Vladimir Putin, ha dejado claro su intención de establecer una base militar en la región, así como conseguir una autonomía del Canal de Suez.

Diez meses después del golpe de Estado, Washington ha puesto en marcha la reconciliación con el gobierno de Al Sisi y ha reanudado parcialmente las ayudas económicas y de defensa. El secretario de Estado, John Kerry, quiere impulsar la visita de 100 empresarios al país, ha enviado ayuda económica (casi 700 millones de dólares) y algo de refuerzo de seguridad. De nuevo Egipto se sentirá deudor de Estados Unidos y éste "sabría recuperar, sino hay sorpresas, los cauces de cooperación que mantenía con Mubarak", concluía Rengel.

Siria comiéndose a sí mismo ¿cuál es el problema?

El desarrollo de la Primavera Árabe en el país conocido como el «corazón de Oriente Próximo» por su compleja y rica

historia, ha desembocado en una sangrienta batalla que parece no tener fin. El resultado de las elecciones celebradas a comienzos de junio daban por vencedor nuevamente al líder del gobierno Bashar al-Asad, lo que confirma que el poder de Damasco no va a cambiar y la alianza con Moscú se mantendrá estable.

De nuevo la potencia norteamericana ve como Rusia permanece en la zona que tanto le interesa geoestratégicamente. El control de Siria no solo beneficiaría para mantener la tranquilidad con el enemigo israelí, sino que permitiría neutralizar a Irán, ya que Siria es la aliada incondicional e imprescindible para la ambición de hegemonías territoriales iraníes. Es por esto por lo que la estrategia internacional norteamericana va centrada al apoyo de la oposición al régimen de Al-Asad. "Siriaacomándose a sí misma ¿cuál es el problema?" remarcaba Julio Ponce, que afirma que la situación que se vive ahora mismo en Siria es óptima para los intereses americanos y europeos ya que no se están viendo perjudicados.

Santiago Alba, experto en Oriente Próximo, destaca que el objetivo de Occidente es buscar una vía política para quizá retirar a Bashar al-Asad pero sin demoler, sin suprimir la estructura del régimen. Para esto Estados Unidos proporciona armas al grupo rebelde, que se encuentra en desventaja ante el gobierno, pero limita su postura a un tercer plano en el que no quiere entrar como ya hiciese en otros pa-

íses de Oriente Próximo como Irak. Pese a esto Al-Asad esta venciendo, ha ganado las elecciones, y su poder en la región se mantiene. EE.UU. sigue estando en desventaja respecto a Rusia cuya influencia continúa siendo potente, Moscú tiene en Damasco a su principal comprador de armas (más del 10% de su producción), y gracias a Al-Asad mantiene una base naval en Tartus, esencial para la influencia rusa en la zona.

Rusia y China. La gran amenaza de Estados Unidos

El veto de Rusia y China que impidió a la ONU llevar al régimen sirio a la Corte Penal ya dejaba entrever las estrategias conjuntas que comienzan a tener ambos países. Pese a las divergencias económicas e ideológicas que los estados hayan tenido a lo largo de la historia, estos han iniciado un acercamiento que se ha acelerado por el caso de Ucrania y la incomodidad ante el papel que ha jugado Estados Unidos en la vigilancia del mismo.

China y Rusia construyen una alianza coyuntural y con fines pragmáticos ante la que Occidente debe al menos tomar "precauciones", según analistas consultados por CNN México. En 2012 en el libro Siria. Guerras, clanes y Lawrence, los autores afirmaban que el objetivo primordial de Putin era construir Eurasia- territorio

que Moscú entiende como aquellas regiones que formaban el Imperio Ruso, excluyendo las regiones más occidentales y europeas-. La cual es clave ante la necesidad de la energía del Caspio, que abastece los mercados domésticos rusos, así como la importancia de recuperar posición sobre el Cáucaso, clave para su seguridad. Por su parte, la relación con China ya comenzó a en 2001 cuando ambos países junto a Kazajistán, Kirguistán, Tayikistán y Uzbekistán firman el Pacto de Shangai. Desde entonces Moscú y Pekín han ido conformando fuerzas ante la potencia norteamericana, con la clara intención de convertirse en un gran competidor del país que ha liderado el mundo desde el fin de la Guerra Fría.

El papel de China y Rusia en Oriente Próximo ha puesto en evidencia la hegemonía mundial que Estados Unidos podría estar perdiendo. Su debilidad en el plano internacional ha supuesto un problema destacado dentro del propio país aunque el presidente Barack Obama ha querido restar importancia a este tema durante su discurso en la academia militar de West Point, el 28 de mayo, donde señaló con rotundidad que Estados Unidos nunca ha sido tan fuerte como ahora, no solo mili-

tarmente, si no por la fuerza de sus innovaciones, la inspiración de sus principios políticos y la asistencia que presta al mundo entero en multitud de campos: es y continuará siendo "la nación indispensable".

Señala Vargas Llosa que las razones de esta decadencia es un reflejo de la política exterior de Obama "que se desembaraza de manera sistemática de asumir respon-

El papel de China y Rusia en Oriente Próximo ha puesto en evidencia la hegemonía mundial de EE. UU.

sabilidades internacionales: su retiro de Irak, primero, y, ahora, de Afganistán, tras dos fracasos evidentes, pues en ambos países el islamismo más destructor y fanático sigue haciendo de las suyas y llenando las calles de cadáveres. De otro lado, el Gobierno de Estados Unidos se dejó derrotar pacíficamente por Rusia y China cuando amenazó con intervenir en Siria para poner fin al bombardeo con gases venenosos a la población civil por parte del Gobierno de El Asad y no sólo no lo hizo sino toleró sin protestar que aquellas dos potencias siguieran suministrando armamento letal a la corrupta dictadura".

Vargas Llosa, citando la encuesta de The American Interest explica que esta situación no se puede atribuir exclusivamente al Gobierno de Obama sino que se trata de una tendencia que viene de muy atrás y que a raíz de la crisis financiera encontró ocasión de "crecer y manifestarse a través de un Gobierno que se ha atrevido a materializarla". Añade que a pesar de las críticas de la oposición, centrarse en solucionar sus propios problemas aún a costa de renunciar al liderazgo de Occidente y a intervenir en conflictos que no le conciernen directamente, tiene un gran apoyo popular, "la de los hombres y mujeres comunes y corrientes, convencidos de que Estados Unidos debe dejar de sacrificarse por los otros".

Los resultados de la política exterior estadounidense en Oriente Próximo han mostrado un declive que empieza a dar coletazos sobre la verdad que puede seguir teniendo la frase de Zaki Laídi en El mundo según Obama, "Los Estados Unidos no pueden resolver todos los problemas del mundo a la vez, pero nada se hará sin ella y, por supuesto, nada se hará contra ella".



Vladimir Putin, presidente de Rusia, junto al presidente de China, Xi Jinping. Fuente: El Mundo.